

«Los excluidos de la tierra no son solo el

Charo Castelló, portavoz del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos

Rosa María Jané Chueca

Del 15 al 21 de julio tuvo lugar en Ávila el Seminario Internacional y Asamblea General del Movimiento Mundial de los Trabajadores Cristianos (MMTC) con el lema «¡Tierra, techo y TRABAJO para una vida digna!». Charo Castelló, militante de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), portavoz del MMTC y presidenta de esta entidad reflexiona sobre los retos y oportunidades del mundo laboral

Tres «T» para una vida digna (tierra, techo y trabajo). ¿cuánto hay de utopía y cuánto de realidad?

La distribución de la tierra, el acceso al techo y los derechos del trabajo constituyen los puntos centrales de un debate necesario para avanzar en una propuesta alternativa a este modelo económico de pobreza, exclusión, descarte, a fin de construir una sociedad con justicia social. Como decía el Papa en su mensaje para el Encuentro Mundial de Movimientos Populares, «este encuentro responde a un anhelo muy concreto, algo que cualquier padre, cualquier madre quiere para sus hijos; un anhelo que debería estar al alcance de todos, pero hoy vemos con tristeza cada vez más lejos de la mayoría: tierra, techo y trabajo». Esta es la utopía de que todas las personas puedan vivir con dignidad, es la utopía que ha guiado a millones de personas a lo largo de la historia, creyentes o no creyentes, es la utopía de «unos cielos y una tierra nueva». Se convierte en utopía porque hoy todavía tenemos millones de seres humanos que mueren de hambre por falta de las condiciones básicas que permiten el desarrollo de cualquier ser humano, pan, techo y trabajo. Estamos muy acostumbrados a ver la pobreza como si fuera una categoría en sí misma, pero algunos la entendemos como la falta de un trabajo, la falta de un trozo de tierra donde las familias puedan cultivar para sobrevivir.

Hay millones de seres humanos viviendo en condiciones extremas. Esta realidad se impone cada día y en muchos rincones de nuestro planeta. Pero cada familia campesina que logra proteger un trozo de tierra; cada familia, cada trabajador que logra junto a otros recuperar una empresa o negociar condiciones dignas de trabajo; cada gobierno que promulga leyes para que nadie que no tenga trabajo pueda vivir en dignidad; cada barrio, cada *favela* que consigue alcantarillado, escuelas, centros sanitarios... cada vez que ocurre esto la utopía se hace realidad. Los integrantes de los movimientos populares, los excluidos de la tierra, no son solo el problema, son también la solución, es necesario que sea escuchada su voz, es necesario que hablemos bien alto que se conozcan nuestras propuestas.

¿Se puede hablar de vida digna para todos cuando el Papa denuncia la «globalización de la indiferencia»?



La vida digna, que la persona pueda desarrollarse en su plenitud, es lo que Dios quiere para cada uno de sus hijos e hijas. Para ello nuestra cultura, nuestra manera de pensar, sentir y actuar tiene que poner en el centro a la persona, especialmente a la persona que sufre. Hoy vivimos en una sociedad que ha modificado profundamente este centro y ha puesto en el centro el dinero, la mercantilización de la vida humana, todo se puede comprar y vender. Uno de los elementos más dramáticos de la matriz cultural que tiene este sistema neoliberal en el que estamos viviendo es que está modificando profundamente nuestro deseo de ser personas por el deseo de tener. Aquí nos jugamos como humanidad; ya no solo es la explotación y el descarte de millones de personas, es la explotación de la madre tierra como bien expresan nuestros hermanos de las culturas originarias, como se expresa en la encíclica *Laudato Si*. Necesitamos recuperar la fraternidad humana, la solidaridad como horizonte y deseo de cada uno de nosotros y nosotras, nece-

sitamos «desear» ser personas a partir del servicio a los demás. Esto a escala social significa desarrollar políticas al servicio del bien común.

¿Cuándo se dará prioridad al ser humano en el trabajo?

En Ávila fueron muchos los datos y las reflexiones que se realizaron en torno a la situación del trabajo, del empleo a nivel mundial. En la HOAC y en el MMTC ya llevamos varios años planteando la necesidad de poner en el centro de la sociedad y de la Iglesia un necesario debate sobre el empleo digno y cómo hacer cuando el empleo no está siendo el «distribuidor» de la riqueza simplemente porque hay millones de personas que no han accedido a él o lo han hecho con una extraordinaria precariedad. Necesaria reflexión, pues todos los cambios que se están produciendo afectan a millones de familias. Son muchas organizaciones sindicales, sociales, que están hablando de la necesidad de esta reflexión. La propia Organización Internacional del Trabajo, de cara a su centenario, está impulsando una iniciativa com-

partida ampliamente sobre el futuro del trabajo. La Iglesia, las comunidades cristianas, responsables pastorales, estamos llamados a tomar muy en serio esta reflexión y ofrecer criterios, propuestas y respuestas que posibiliten la construcción de un camino donde el ser humano sea la prioridad.

¿Y cómo posibilitarlo?

Dar prioridad al ser humano en el trabajo significa poner el sentido del trabajo, de la empresa y de la economía al servicio de la persona, rompiendo la lógica inhumana de pensar y organizar el trabajo solo desde la rentabilidad económica; plantear el sentido y el valor del trabajo humano más allá del empleo; distribuirlo de forma justa y reconocer socialmente todos los trabajos de cuidado necesarios para la vida humana; luchar por condiciones dignas de empleo, por la afirmación de los derechos de las personas en él; articular de forma humana trabajo y descanso; defender los derechos sociales y desvincular derechos y empleo. Es hacer efectiva la convicción de que el trabajo digno es esencial para la realización de las personas y de las familias. En este sentido, iniciativas como «Iglesia por el trabajo decente» son una buena herramienta para tomar conciencia de la necesidad de este cambio. Pero también el conocimiento en profundidad de la Doctrina Social de la Iglesia, tanto en el interior de las comunidades

eclesiales como darla a conocer en los ambientes donde vivimos y trabajamos, es fundamental para contribuir a este cambio. La puesta en práctica de esos criterios necesariamente nos tiene que ayudar a construir otra manera de hacer economía y otra manera de hacer política. Visibilizar cuantas iniciativas existen de cooperativas, proyectos de economía popular, social y solidaria, financiación alternativa, consumo sostenible... también contribuye a ese cambio.

El MMTC cumple 50 años evangelizando en el mundo del trabajo. Echando la vista atrás, ¿qué es lo que ven?

Vemos mucha generosidad de miles de hombres y mujeres que desde hace muchos años han tenido una utopía clara: «La gloria de Dios es que el ser humano viva y viva en dignidad.» Una de las mayores fuentes para vivir en dignidad es el trabajo. El papa Francisco en su última visita a una siderurgia, en Italia, decía: «Los diálogos en las fábricas son lugares de la vida, el mundo del trabajo es el mundo del

problema, son también la solución»



El trabajo digno es esencial para la realización de las personas y de las familias.

pueblo de Dios, todos somos Iglesia, todos somos pueblo de Dios.» De ahí se afirma que «es un lugar prioritario en la atención social y eclesial. Muchos han puesto en duda la necesidad de un apostolado que se haga presente en los centros de trabajo». Esto es lo que los y las militantes del MMTC han tenido como una firme convicción a lo largo de su historia: ser voz de la Iglesia y del mensaje de Jesús en las fábricas y ser voz del mundo del trabajo en la Iglesia. Tarea que no siempre ha sido fácil. Ha habido una segunda convicción que se ha mantenido: la necesidad de ser laicos formados, formados a partir de la vida, en una dinámica permanente de acción-reflexión-acción o, dicho de otro modo, ver la realidad y juzgarla desde el Evangelio para luego ir un compromiso. Creo que ha habido una permanente dinámica de que cada día la coherencia fe y vida era una necesidad fundamental para estar al lado de nuestros compañeros de trabajo.

¿Cómo se evangeliza hoy en el campo laboral?

Mons. Antonio Algora, responsable de la Pastoral Obrera, en su ponencia impartida en el seminario internacional del MMTC, apuntaba que la tarea de los movimientos y militantes del MMTC pasa por ser testigos y contribuir a la cultura del encuentro y la solidaridad,

«Necesitamos recuperar la fraternidad humana, la solidaridad como horizonte y deseo»

«La Iglesia está llamada a ofrecer criterios, propuestas y respuestas que posibiliten que el ser humano sea la prioridad»

que pasa necesariamente por «formar a sus miembros en la Doctrina Social de la Iglesia y fortalecer el compromiso» al que estamos llamados. También el presidente de la Conferencia Episcopal Es-

pañola, el cardenal Ricardo Blázquez, emplazaba al MMTC a seguir cerca de los trabajadores y las trabajadoras para que «sea escuchado el clamor» de los pobres, los desempleados y los precarios. Además, señalaba que «la persona y el trabajo son realmente inseparables en el proyecto de Dios». El papa Francisco dice que «los movimientos populares expresan la necesidad urgente de revitalizar nuestras democracias, tantas veces secuestradas por innumerables factores».

Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin la participación protagónica de las grandes mayorías y ese protagonismo excede los procedimientos lógicos de la democracia formal. La perspectiva de un mundo de paz y justicia duraderas nos reclama superar el asistencialismo paternalista, nos exige crear nuevas formas de participación que incluya a los movimientos populares y anime las estructuras de gobiernos locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común. Y esto con ánimo constructivo, sin resentimiento, con amor». Todo esto es poner a Dios en el centro del trabajo. Estas palabras nos animan, nos guían y nos acompañan. Ante la actual si-

tución, el proyecto de humanización del trabajo pasa por algunas tareas fundamentales.

¿Podemos dar algunas propuestas concretas?

Intentar ser fieles a nuestra identidad de Iglesia en el mundo obrero y mundo obrero en la Iglesia; acompañar la vida de las personas en sus ambientes y compartir nuestra propuesta de humanización, dar la posibilidad de encontrarse con Jesucristo y aceptarlo como propuesta de vida; desarrollo de la pastoral obrera en nuestras comunidades eclesiales; colaborar a un cambio de mentalidad y de «atmósfera cultural», hace falta otra comprensión de la vida de lo que significa ser personas y de cómo construirnos; colaborar al cambio de las instituciones para que estén al servicio de las personas.

Nuestra presencia en las organizaciones del mundo obrero es esencial y una apuesta por la participación en el tejido social; construir y dar visibilidad a experiencias y alternativas en la forma de ser y de trabajar; mantener una lucha decidida por el trabajo decente y participar en las iniciativas que se están desarrollando, por ejemplo la iniciativa en España de Iglesia por el trabajo decente, o la Jornada Mundial por el Trabajo Decente (7 de octubre).